

XVIII. EN EL CAMINO DE LAS CARAVANAS

Hacia Nagchuka con nuevos guías – Adiós a nuestro último amigo – Rahim se va a Ladakh – Vadeando el torrente del Shak Chu – Lectura de los Evangelios – Un día de recuerdos

Hay tres grandes carreteras que van de Nagchuka a China, la primera es la Chang Lam, o camino largo, a través del Tsaidam hasta Huangyuan, que antiguamente era recorrida por los tributos enviados al emperador en Pekín. Ese fue el camino que seguimos. En tiempos pasados había otro camino a través de Tsaidam hacia Huangyuan llamado el camino oriental, que fue el que Huc y Gabet siguieron en su expedición. La segunda carretera importante va a Jyé-kundo y a través de las provincias de Horba y Dege hasta Kangding, donde se la conoce con el nombre de Pei Lu, o carretera del norte. La tercera carretera es la que atraviesa Chamdo y Batang hasta Kangding, llamada la ruta del té, aunque a menudo las caravanas que se dirigen a China desde Lhasa no pasan por Nagchuka, sino que van directamente a Chamdo.

Este es el camino que ha tomado ahora la caravana del tributo de Lhasa y también de Nepal. Hay otros dos caminos a Jyé-kundo, y otro que va al sur de Chamdo, pero se une con el tercero de los caminos mencionados en Ichu.

Debido a su ruta más directa, esperábamos ir hacia Kangding por este tercer camino, pero el *pombo* prefería que prosiguiéramos nuestro viaje por Jyé-kundo y sentimos que no importaba mucho qué camino seguir, ya que nuestro plan era pasar el invierno en algún lugar del camino. Tras insistir en que se nos proporcionaran tres guías confiables, y habiendo sido estos prometidos, no nos preparamos para partir hasta que finalmente aparecieran.

A eso de las once de la mañana del 6 de septiembre, llegaron montados en tres pequeños y graciosos ponis, cada uno de los cuales llevaba otro poni sobre el que iba una silla de carga con comida y ollas. También tenían dos ovejas que, junto con las nuestras, nos proporcionarían carne fresca durante algún tiempo.

En presencia de una gran multitud de espectadores curiosos, Nyerpa, el mayordomo del *pombo*, les dijo a los tres guías lo que se esperaba de ellos. Nos llevarían a la lamasería de Tashi Gompa – o, como ellos la llamaban, *Tashi la bu Gompa* – donde debían, si era posible, obtener permiso del *kampo* para que nos quedáramos todo el invierno, y después ellos mismos deberían regresar a sus hogares.

Si no conseguían el permiso deseado, irían a Jyé-kundo con nosotros y, al llegar allí, les daríamos comida para el viaje de regreso y una suma de dinero si nos servían bien. Cuando todo estuvo entendido y acordado, Nyerpa nos presentó a nuestros hombres

y nos dijo que el mayor de los tres era un *mamba*, o sea, un líder. Por lo tanto, era responsable de los otros dos. Inmediatamente, todos comenzaron a ayudarnos a preparar la partida, por lo que no tuvimos oportunidad más que de echar un rápido vistazo a nuestros guías, pero notamos que estaban alertas y rápidos en sus movimientos. El jefe salió a despedirse y observó nuestra partida en medio de una cegadora tormenta de nieve hasta que estuvimos fuera de su alcance.

Nuestra caravana ahora consistía en nosotros montados en ponis frescos, nuestros tres guías, nuestros siete animales cargados y dos ovejas, mientras Rahim cabalgaba para evitar que nadie sospechara que su intención no era la de acompañarnos hacia China. Seguimos primero la ruta del este durante cuatro horas y media, luego hacia el norte a través del Tzar Chu, un pequeño arroyo que fluye hacia el sur, y, tras seguir su curso, pasamos por el monasterio de Shiabden Gompa. Acampamos a cierta distancia al este del lago Chomora, en una llanura tranquila sobre la que había tiendas de campaña. Nuestros hombres se dirigieron a estas en busca de combustible.

Los tres guías estaban vestidos con piel de oveja y tenían batas de *pulu* adicionales para protegerse de la lluvia y el granizo durante las tormentas. El *mamba* tenía unos cuarenta años; era un hombre flaco, bajo, nervudo, de rostro arrugado y expresión apagada; su cabello colgaba sobre sus hombros y sobre su pecho pendía un estuche de latón lleno de medicinas; también portaba una campana en su espalda. Llevaba un sombrero de ala ancha con copa en pico, hecho de un armazón ligero cubierto con tela y atado bajo la barbilla con tiras estrechas de algodón rojo. Era un hombre de notable energía, tan vivaz como un niño pequeño, y murmuraba oraciones casi incesantemente mientras giraba su rueda de plegaria al cabalgar. Observaba la tierra en busca de piedras peculiares para fabricar medicinas, pidiéndonos que le diéramos sugerencias en puntos de la ciencia médica en los que no estaba versado.

Los otros guías eran más jóvenes, juzgamos que tendrían unos veinte años. Uno de ellos era pobre, pero muy dispuesto a ayudar y sumamente amable en todos los sentidos, incluso cuando trabajaba duro parecía tan agradable que lo llamábamos el «niño bueno». El segundo estaba mejor vestido, pero era poco dispuesto a hacer nada si lo podía evitar, con lo que le dimos el mote de el «niño holgazán». A medida que el pasar de los días nos hacía más conscientes de sus cualidades, incluso este apelativo, pensamos, era demasiado bueno para él, pues, además de holgazán, era el más sucio de los sucios en sus acciones y en su comida, ya que ponía el relleno de salchicha en las tripas cuando estas habían sido simplemente extraídas, pero no lavadas.

Todos los guías iban armados con pistolas y espadas. El silencio reinó en nuestros corazones esa noche, pues era el último día en que disfrutaríamos de la compañía de Rahim. Sin embargo, superamos nuestra tristeza y discutimos nuestro viaje juntos. Rahim inculcó a nuestros tres guías lo ventajoso que sería para ellos si hicieran todo lo posible para ayudarnos por el camino, y volvió a contar su deseo de llegar a su hogar

lejano sin vagabundeos innecesarios, de ahí su determinación de atravesar el país y llegar a Shigatse.

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano y, después de tomar el té, nos preparamos lo mejor que pudimos para otro momento de dolor. Las palabras parecían insuficientes para expresar nuestros sentimientos. Solo podíamos agarrar la mano del último amigo que teníamos en el interior de la gran tierra solitaria, escuchar su adiós y, con los ojos empañados por las lágrimas, verlo alejarse de nosotros, cortés hasta el final. Hizo reverencias mientras conducía su caballo cargado con ropa de cama, vestimenta, comida, una olla y un fuelle tibetano en dirección hacia el lago Chomora, alrededor del cual tenía la intención de viajar y luego continuar a Sapo. Allí esperaba permanecer hasta que encontrara compañía con la que viajar a Shigatse.

Rahim estaba preocupado de que lo pudieran asesinar por dinero, pero por lo demás estaba alegre y esperanzado, aunque solo. ¿Y podría estar más solo que nosotros cuando nos dimos cuenta de que otro vínculo que nos unía al dulce pasado en Huangyuan iba a romperse? Nuestros dos guías chinos hacía mucho tiempo que nos habían abandonado y ahora íbamos a ser separados de nuestro fiel Rahim, quien, desde el día en que llegó a nuestra casa del norte, nunca había dejado de congraciarse con nuestros corazones.

Un muchacho cuya naturaleza había sido suavizada por el amor de nuestro querido hijo Charlie, un muchacho que nos había acompañado en medio de innumerables peligros a través del desierto del Tsaidam, a través de pantanos y ríos traicioneros, y a través de pasos laboriosos. Había compartido nuestro dolor alrededor de la pequeña tumba solitaria al norte de las montañas Dangla y había mezclado sus amargas lágrimas con las nuestras. El último amigo que teníamos. Era difícil verlo partir.

Fiel Rahim, con tu rostro oscuro y honesto y tus ojos resplandecientes, entre todos los seguidores del Profeta, ¡tú fuiste para nosotros la joya más preciada! Dios quiera que la Verdad madure en tu corazón para que aún seas contado entre los discípulos de Cristo. Lo último que vimos de él fue cuando desapareció alrededor de un pequeño montículo agitando la mano. ¿Logró finalmente cruzar el Tíbet y llegar a su hogar en la lejana Ladakh? No lo sé, pero he creído con cariño que sí, y me he imaginado su gozoso encuentro una vez más con sus amigos que hacía mucho tiempo que lo habían dado por muerto.

Rápidamente, nos dispusimos a partir en dirección opuesta, sin nada humano que nos consolara; solo nos quedaba nuestra perra Topsy y tres caballos de toda la caravana que había partido inicialmente de Huangyuan. Nos adentramos en un territorio extraño con guías más raros, sentíamos que nuestra vida estaba en las manos del Padre, cuya obra habíamos venido a hacer, y deseábamos que Él dispusiera de nosotros según su voluntad.

Nos encontramos con inmensas caravanas de yak con cargamentos de té provenientes de Jyékundo. Había por lo menos mil quinientos o dos mil yaks en cada caravana, con sus mercaderes bien vestidos y montados, y conductores, algunos de los cuales eran mujeres y niñas.

Pasamos por un campamento de comerciantes en su camino a Lhasa, al pie de Karma Kumbum, una gran montaña. Las colinas de alrededor estaban cubiertas de yaks ensillados, todos negros, unos dos mil, mientras que en la bonita llanura había un pueblo de grandes tiendas blancas, o, más propiamente, de toldos que se extendían sobre el té. Nos abrimos paso a través del campamento mientras los nativos, con sus pintorescos atuendos de *pulu* y variados tocados, mantenían a raya a los perros grandes o sacaban a nuestros caballos de entre los suyos. Algo más tarde subimos por un paso empinado y pedregoso sobre las montañas antes mencionadas.

La tormenta habitual con relámpagos impresionantes y granizo nos alcanzó ese día, y, mientras estuvimos de pie durante la parte más severa, nuestro «niño bueno», su caballo y oveja rodaron juntos por el suelo y las horquillas de mi cabello me lastimaron la cabeza. No creímos que el niño fuera capaz de levantarse tras suponer que lo había matado un rayo, pero, en un santiamén, él y los animales retomaron su posición usual y, al preguntarle qué había pasado, dijo que su caballo se había asustado y se había caído.

Al acampar esa noche, uno de nuestros guías, de camino a algunas tiendas de campaña para cargar combustible, vio ocho ladrones fuertemente armados y los nómadas de la tienda lo advirtieron contra ellos, así que pusimos trabas a nuestros caballos esa noche, pero no nos molestaron.

El 9 de septiembre presentó algunos de los recuerdos más vívidos del viaje de dos semanas con esos guías y, debido a su estupidez al vadear ríos, estuvo íntimamente asociado con el desastre del ladrón que sucedería unos días después. Era un hermoso día, un sol brillante y cálido asomaba sobre las colinas hacia el valle por el que viajábamos, con gotas plateadas que cubrían la hierba. Tras seguir nuestro camino, llegamos al río Shak Chu en su confluencia con el Dang Chu; el primero era pequeño, pero el segundo fluía tranquilo y profundo, indicando un vado difícil.

Los guías miraron al lado opuesto y, a juzgar por los pequeños senderos que había, concluyeron que a veces los dos arroyos se vadeaban por separado. Sin embargo, hacerlo ahora era impracticable, así que seguimos el Dang Chu, que hervía y echaba espuma en un estrecho desfiladero aparentemente enojado por estar confinado de ese modo por las rocas, hasta que nuestro camino a lo largo de su borde se hizo difícil y, finalmente, infranqueable para los caballos a causa de las rocas que se interponían en nuestro camino. Normalmente, en este punto habría habido un pasaje entre las rocas y el río, pero este último, al estar muy crecido, había extendido sus aguas hasta las rocas.

El *mamba* dijo que debíamos dar la vuelta y cruzar los dos ríos a toda costa, pero el señor Rijnhart, que no estaba de acuerdo con esta propuesta, se arrastró entre las rocas para ver qué había más allá y volvió para decir que estábamos en el camino correcto. Observó que el río era inusualmente alto y que, dado que los caballos no podían escalar las rocas, tendrían que ser conducidos al agua y obligados a nadar para alcanzar el nivel del suelo al otro lado.

Al sentir que era algo arriesgado confiar en nuestros animales de carga en el torrente hirviente, el señor Rijnhart hizo un experimento con su propio caballo. Ató una cuerda larga al caballo, retuvo un extremo y volvió a gatear sobre las rocas mientras el caballo se abría paso a través de las aguas rugientes, preparado para tirar del animal de vuelta a la orilla en caso de que fuera arrastrado por la corriente. El experimento fue exitoso, ambos alcanzaron el otro lado de las rocas con seguridad.

El señor Rijnhart regresó para anunciar el resultado y pronto todos pasaron por el difícil lugar, aunque el río aún no había sido cruzado, pero pronto llegamos a un lugar donde esto era necesario y donde aparentemente las caravanas estaban acostumbradas a vadear.

El *mamba* y los dos guías dijeron que era imposible cruzar un río grande donde las aguas estaban confinadas en un espacio tan pequeño, pero que no había forma de regresar ni de avanzar. Se quedó quieto sobre el lomo del caballo para recitar su rosario y adivinar si cruzaríamos con seguridad o no. Entretanto, arreamos nuestros ponis mientras su caballo, que tenía evidentemente la misma opinión que su jinete, apenas entró al agua y luego se detuvo. Mi caballo siguió el ejemplo que el del *mamba*, se alejó solo unos pasos de la orilla y luego se negó a moverse más, hasta que el señor Rijnhart, habiendo llegado a la orilla opuesta con nuestros animales cargados, regresó a por mí.

Arrastramos nuestras dos ovejas detrás de nosotros mientras el *mamba* arrastraba la suya y así espoleamos a los caballos, que, al lanzarse a la corriente, tuvieron que nadar con fuerza para no ser arrastrados. Este fue uno de los ríos más difíciles que vadeamos en todo el viaje, y nos alegramos al cruzar todos a salvo.

Mientras tomábamos el té e intentábamos secar nuestra ropa, nos asombró y disgustó ver a dos de nuestros caballos cargados al otro lado del río pastando tranquilamente. En un momento de despiste, las perversas criaturas habían vuelto a cruzar el río y casualmente levantamos la vista a tiempo para darnos cuenta de que otros dos estaban a punto de seguir su ejemplo. El señor Rijnhart tuvo que vadear el torrente hirviente nuevamente para traerlos de regreso. Con sucesos así, pronto comenzamos a asociar los ríos con los desastres y contemplamos con poco placer cruzarlos, viendo que nuestros guías, como ellos mismos confesaron, no estaban acostumbrados a ellos, pues eran originarios de un lugar en el cual no había arroyos de ningún tipo y nunca habían vadeado ríos donde los caballos tenían que nadar.

Tras reanudar el viaje, cruzamos una montaña alta llamada Shalop Chercho y acampamos en la bajada que ofrecía el panorama de una cordillera nevada, el Sokdee. El día 11 subimos otra montaña, pero continuamos subiendo y cruzamos una más alta aún, llamada Wang Ma La, con picos nevados a ambos lados, encontrándonos durante el ascenso con una fuerte tormenta de nieve que no nos permitía ver nada y en la que teníamos la mayor dificultad para no perdernos de vista los unos a los otros.

Poco después cruzamos el Pon Chu, un río digno de mención en nuestros mapas –observo que no está marcado en el de la Royal Geographical Society–, y acampamos cerca de una caravana a la que le habían sido robados ocho caballos durante la noche. Aquí no pudimos encontrar combustible para hervir el té ni por la tarde ni por la mañana.

El día 12 llegamos a un gran afluente del Sok Chu, que cruzamos, y luego seguimos el río principal que estaba a nuestra derecha, encontrándonos con partes de una caravana de yaks al llegar al vado regular. Como una gran parte de la caravana procedió de inmediato a vadear este río aparentemente grande, nos sentamos para observarlos. El primer yak permaneció en la orilla del río hasta que todo el grupo bajó corriendo la pendiente hacia la orilla, amontonándose y haciendo chocar sus cargas.

Los hombres gritaron y arrojaron piedras, algunos perros grandes se lanzaron al agua y el primer yak se zambulló torpemente en el arroyo, seguido de los demás. Cuando hubieron pasado la parte más profunda del río, se detuvieron, dejando que el agua fresca les lavara los costados calientes por la marcha del día sin importarles si su preciosa carga de té se mojaba o, lo que es aún más importante, si dejaban atrás a sus compañeros que luchaban contra las aguas profundas y se esforzaban por llegar a un lugar cómodo para estar de pie, donde también podrían disfrutar de la fresca corriente y evitar las piedras de los conductores.

Qué agradecidos estábamos de no tener ninguno de estos animales estúpidos y perversos en nuestra caravana. Justo cuando debían ser rápidos, se quedaban quietos perezosamente y, cuando la precaución era conveniente, empujaban y se amontonaban sobre grandes peñascos y a través de sitios estrechos donde cada uno trataba de ocupar el mismo lugar donde otro iba dirigido, todos corriendo promiscuamente con sus cargas, con el riesgo de destruir los bienes más frágiles.

El vado se fue liberando gradualmente, el último yak llevó a los conductores que habían estado gritando y tirando piedras pacientemente. Ahora nosotros estábamos listos para cruzar, después de habernos quitado las botas y los calcetines para mantenerlos secos. Con los pies en alto en la silla de montar, cruzamos con seguridad y justo a tiempo, porque empezó a nevar y apenas podíamos distinguir el camino.

Al continuar, más adelante, las caravanas con las que nos encontrábamos a intervalos dejaban el rastro muy claro y, tras ver tiendas negras a nuestra izquierda,

acampamos cerca de ellas, a poca distancia del Sok Chu, y logramos conseguir leche, *sho* y combustible.

Yo me había sentido casi incapacitada para viajar durante varios días, así que, aunque nuestros guías se habían negado enfáticamente a descansar, nos detuvimos en ese hermoso lugar. La nieve era profunda a la mañana siguiente y pudimos ver a las mujeres y los niños salir a cuidar los rebaños y las manadas. Portaban vestidos largos y calzaban botas con las suelas casi gastadas, y temblaban de frío. Si se les pudiera enseñar a preparar la lana y a tejer prendas cómodas para el invierno, cuánto más fácil les sería la vida, pues deben sufrir mucho en los meses de invierno en alturas donde hay tanta nieve y tanto frío. Tras pensarlo con detenimiento, creo que este hecho es responsable en gran medida de que muchos niños de las familias pequeñas sucumban, al no poder soportar la severidad del clima.

Nuestro próximo lugar para acampar fue a orillas del río Teng Nga, próximos, aunque no a la vista, del monasterio de Teng Nga Gompa. Cerca de este último había varios lamas alojándose en tiendas, no muy lejos de donde estábamos acampados. La gente allí fue muy amable con nosotros, nos trajeron leche y otros comestibles. También nos advirtieron del riesgo de encontrar ladrones en nuestro viaje de los próximos días. Aceptaron con presteza algunos Evangelios que les dimos y dieron lectura de ellos con el *mamba* y el señor Rijnhart.

Una monja con la cabeza rapada y un atuendo sencillo, sin muchos de los adornos que las mujeres tibetanas suelen llevar, tomó una copia de los Evangelios, pero no podía leer ni una palabra. Nuestro *mamba* curó allí a un hombre y nuestros guías dejaron una de sus ovejas para que tuvieran carne suficiente para el viaje de regreso. Los bandoleros debían ser muy numerosos en esa zona, porque al día siguiente supimos que cincuenta de ellos habían matado a varios hombres y ahuyentado sus yaks con cargas; además, los comerciantes de té con los que nos encontramos y cerca de quienes acampamos sumaban más de cincuenta en una caravana, una compañía tan grande que indicaba los peligros de ser asaltados por el camino.

Después de seguir el Tao Chu a través de una inmensa llanura, acampamos el 15 de septiembre en una tienda de campaña desierta, los restos de las cordilleras de piedra y arcilla nos indicaban que los pueblos nómadas preferían la hierba verde cerca del pequeño arroyo para sus ovejas y ganado. Se habían marchado lejos en las colinas a causa de los ladrones, o bien porque se acercaba el invierno y buscaban lugares más protegidos para sus hogares.

¡Qué bienvenida fue la oportunidad de descansar en ese auspicioso día 15 de septiembre!, pues era el cuarto aniversario de nuestro matrimonio. No teníamos salones cómodos a los que invitar a nuestros amigos; por no tener, no teníamos ni amigos a quien invitar. Sin embargo, el día significaba tanto para nosotros que debíamos celebrarlo aun en medio del silencio, la desolación y los peligros que nos

rodeaban. Por un tiempo, nos olvidamos de los ladrones y preparamos un festín: un arroz con leche con pasas sultanas, azúcar y mantequilla que compartimos con nuestros guías. ¡Cuántos recuerdos del pasado vinieron a tropel!, de nuestros amigos en América, de Kumbum y Huangyuan, de Charlie y de todas las alegrías y tristezas que experimentamos desde que salimos, juntos de la mano, para cumplir la misión a la que habíamos sido llamados. Cuán tiernamente habló mi esposo de los misteriosos tratos de la Providencia y de su fe en ese amor inmutable en el que había aprendido a confiar, pero del que no tenía indicio. No podré olvidar sus palabras de consuelo y seguridad para mí, palabras que el poeta ha puesto en música:

*¡Mi esposa, mi vida! Oh, caminaremos por este mundo,
unidos en todo ejercicio de noble fin,
y así a través de esas puertas oscuras que cruzan la naturaleza
que ningún hombre conoce!*

Poco me di cuenta de lo pronto que iba a pasar por esas puertas oscuras, dejándome sola en la lúgubre naturaleza salvaje. Incluso ese feliz día se vio empañado por un accidente que le sucedió al señor Rijnhart, quien pisó sobre la hebilla oxidada de una silla de montar y como resultado sufrió un dolor intenso que aumentó mucho cuando llegó el momento en que tuvo que viajar a pie.

El tiempo era perfecto y disfrutamos hablando de nuestras perspectivas cuando llegáramos a Tashi Gompa, donde el *mamba* dijo que era casi seguro que nos permitirían pasar el invierno. Al día siguiente, cruzamos otra gran llanura, en el extremo oriental de la cual vadeamos el Dam Chu, un hermoso río, muy claro, donde podíamos contemplar claramente cada guijarro en el fondo de la corriente.

Antes de retomar el viaje, lobos en grandes manadas aullaron alrededor de nuestra tienda, y nos encontramos con algunos en el camino. Topsy persiguió a un oso a solo cien metros de nosotros mientras una gran manada de yaks salvajes se dispersaba a nuestro alrededor.

El 18 de septiembre hubo nieve, granizo y lluvia mientras atravesábamos una montaña llamada Gerchen Tsangmo La, y acampamos cerca de un gran arroyo del que el *mamba* no sabía el nombre. Ninguno de nuestros guías había estado tan lejos en el camino antes, pero habían recibido instrucciones sobre cómo encontrar la lamasería que buscábamos y, como el *ja lam* que seguíamos era un sendero largo, teníamos poco miedo de perdernos por el camino.

Nuestros tres guías nos habían servido fielmente y nuestros días juntos habían sido provechosos tanto para ellos como para el señor Rijnhart, sobre todo para este último en cuanto a mejorar el idioma local.

Todos los días, cuando llegaba la noche, el *mamba* tomaba su campana, su pequeño tambor y un libro y, sentado en el rincón más alejado de la tienda que había usado Rahim, cantaba oraciones durante dos horas o más. El «niño holgazán» no había mejorado con el trato, pero era soportable, los otros dos compensaban con creces sus modales desagradables, que a veces incluso llegaban al mal humor.

La manera inesperada en la que perdimos a estos guías se contará en el próximo capítulo.